

FERNANDO
OLMEDA

A
PASSEIS
DE
FEITOS


ESPASA

FERNANDO OLMEDA
A SEIS PASOS DE TI



ESPASA  NARRATIVA

© Fernando Olmeda Nicolás, 2015
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Espasa Libros S. L. U., 2015

Preimpresión: M.T. Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 6.881-2015
ISBN: 978-84-670-4462-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Agosto de 2004

Si la luz entra en el cerebro, los miedos desaparecen.

Susan Drake sacó el cuaderno de notas y apuntó la frase. Se preguntó de dónde procedería esa sucesión de palabras tan armónicamente hilvanadas que acababan de atravesar sus pensamientos. Tumbada sobre la arena oscura de la playa de La Alcaidesa, con los ojos entornados y la música de Morcheeba sonando en los auriculares, solo quería descansar, sentir cómo se bronceaba cada segmento de su piel y mirar al sol a través de los párpados. Le gustaba percibir el extraño baile de puntos luminosos que iban cambiando de brillo y de posición, esa especie de ilusiones ópticas anaranjadas que provoca la estimulación espontánea de las células de la retina. Miraba los reflejos de luz en la superficie del mar, la línea ondulante del oleaje en la orilla o cualquier objeto o persona que entrase en su campo visual, cerraba después los ojos y trataba de descubrir los detalles del paisaje en esas luces ilusorias que brotaban en el interior de sus párpados. Capturaba una silueta, y un segundo después desaparecía.

A veces, en aquellos fosfemas creía ver una figura masculina, reconstruida a partir de recuerdos inconexos e imágenes de fotografías en blanco y negro, flashes de un viaje a Hawái cuando era niña, y de los días de vera-

no en la costa de Almería. Le ocurría sobre todo en playas de arena negra. «Si la luz entra en el cerebro, los miedos desaparecen», murmuró. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que vio a su padre.

Desde que ocurrió lo que ocurrió.

Miró al horizonte, trató de convertir en puntos luminosos el perfil nítido del peñón de Gibraltar —que se alzaba frente a ella, rotundo como el promontorio rocoso de Machu Picchu— y volvió a tumbarse. Imaginó el funcionamiento de millones de células enviando impulsos al cerebro al recibir la luz, y el proceso automático de interpretación y formación de la imagen. Le parecía mágica esa leve alteración de la circulación sanguínea dentro del ojo, que generaba un minúsculo carrusel de luces fugaces, pero más mágica aún la aparición asociada de conjuntos de palabras ordenadas. Por eso las escribía en papel con letra grande y redondeada. No quería que se le escapasen esas frases lapidarias, versos sueltos o moralejas —daba igual lo que fueran—, porque las sentía como parte sustancial de sí misma, algo más corpóreo que etéreo, un producto químico que merecía ser conservado. Como hacen los escritores. Expresan sus momentos de inspiración y los transforman en un torrente de palabras que nacen en ignotos lugares de su anatomía y luego se alinean en páginas de libros que pasan a ser patrimonio de los lectores sin dejar de serlo de sus creadores. Susan les admiraba por ello. Y ahí terminaba su admiración. Con los autores que pasaban anualmente por la editorial en la que trabajaba mantenía una relación cordial únicamente por obligación.

El trote acompasado de un caballo, mezclado con el bufido del viento, ocupó el espacio de silencio entre canción y canción. «Demasiado cerca de la toalla», pen-

só. Interrumpió sus divagaciones, se quitó los auriculares y entreabrió los ojos. Ante ella se perfiló a contraluz la silueta de un jinete. Conectó inmediatamente esa inesperada imagen con el libro sobre pintores posimpresionistas que Letras de Oro había lanzado al mercado en primavera. Susan se había encargado de la coordinación de los textos que acompañaban las ilustraciones. Le gustaba el sentido de profundidad y perspectiva de *Jinetes en la playa*, de Paul Gauguin, su colorido vivo y luminoso, y la fantasía de la arena de color rosa. Le fascinaba la estampa de los caballistas dirigiéndose hacia el mar, que interpretaba como una metáfora del camino hacia la libertad. Gauguin había encontrado en la Polinesia francesa algo de la felicidad que creía perdida. Susan buscaba algo parecido, aunque huir al Pacífico no estaba entre sus planes inmediatos.

Buscaba, pero no encontraba. A veces, ni siquiera sabía si de verdad buscaba.

—Está entrando poniente, y aquí en Cádiz los pronósticos no fallan. Yo, en tu lugar, recogería.

La voz de Alberto O'Connor le sonó familiar. Tenía un timbre estándar con una modulación entrenada para agradar. Llevaba ropa de marca y un sombrero panamá.

—Gracias por el consejo —respondió Susan, con la forzada amabilidad de quien guarda las formas ante un desconocido—. Me iba ya.

—¿Sabes montar?

—Hace tiempo montaba. No se olvida.

—¿Subes?

Nos afanamos en despejar las disyuntivas que encaramos en la vida sirviéndonos del resultado de las experiencias acumuladas, pero también de dosis de intuición, de intensidad variable y origen múltiple. Era el caso de Susan. En una de sus pesadillas recurrentes, una chica sin rostro camina por un sendero que llega a una bifurcación.

Se queda paralizada en medio de un bosque de helechos, sin saber qué camino elegir. Los helechos se transforman en plantas carnívoras que segregan un fluido viscoso, con un aroma parecido al de la miel, y van rodeándola y pegándose a ella hasta que la estrangulan con sus tentáculos. Susan solía despertarse sobresaltada y envuelta en sudor cuando le asaltaba esta desagradable sensación, que también la azoraba cuando iba de compras y tenía que elegir entre dos vestidos, dos camisetas o dos tejanos. Se apoderaba de ella un estado de fastidiosa parálisis, que se repetía como el ostinato en do mayor del *Bolero* de Ravel. Con la agravante de que, una vez escogido el vestido o la camiseta o el tejano, siempre se marchaba pensando que se había equivocado. Que la prenda descartada era más bonita o le quedaba mejor. Siempre salía insatisfecha de la tienda. Y como le parecía absurda aquella reacción psicósomática, estaba convencida de que, a la hora de adoptar una decisión, por nimia que fuera, no debía atender al resultado del análisis racional, sino anteponer la intuición. Aunque esa confianza en las primeras impresiones le había jugado malas pasadas.

Fue el ala del sombrero de Alberto, o las iniciales bordadas en su camisa, o acaso la suavidad con que sujetaba las riendas. Atendiendo a esos intangibles del alma que la razón no entiende, Susan decidió no esperar la llegada del autobús. Se agarró a su antebrazo, puso el pie en el estribo y se impulsó hasta acomodarse en la grupa. Trotaron por la arena y luego se internaron por un sendero flanqueado de matorrales y arbustos. Había empezado a soplar poniente fuerte.

—Agárrate —recomendó Alberto—. *Black* conoce el camino.

Susan apoyó la mejilla en su espalda y cerró los ojos. Sintió el picor del viento en los hombros y el sudor ca-

liente de *Black* en sus muslos. Al llegar a la urbanización de Sotogrande, un mozo de cuadra se hizo cargo de la cabalgadura, y Alberto propuso tomar un granizado. Subieron a un *buggy* y en un par de minutos llegaron a una villa rodeada de pinos, con un jardín tropical y una piscina con cascada. Los suelos de terracota y madera y los techos con vigas expuestas proporcionaban un aspecto acogedor al interior. Susan necesitaba una ducha y un lugar a cubierto donde protegerse del viento. Además, no tenía nada mejor que hacer. Había cumplido a rajatabla su plan de pasar las vacaciones en solitario, pero empezaba a estar cansada de no hablar con nadie. Seguro que Alberto no tendría inconveniente en acercarla por la noche al apartamento de Algeciras que le había prestado Alicia Castelli, su jefa en Letras de Oro.

* * *

Sentado en una mesa de segunda línea del Flamingo, Thomas Black disfrutaba del apacible paisaje de la playa y de un mojito cargado de abundante ron. Cuando Evelyn Ramírez le preguntó si estaban ocupadas las bancadas contiguas, no dudó en invitarla a que se sentase bajo la ancha sombrilla que le protegía del sol. La recién llegada, espigada y atractiva, vestía un biquini de flores de vivos colores que potenciaba su curvilínea anatomía, y sandalias a juego. Su amiga Astrid Petrovic, embebida en la selección de canciones en la rueda del iPod, lucía un bañador estampado en tonos verdosos y calzaba unas gastadas zapatillas de esparto. La entrada de las dos chicas al *beach-club* de moda en Ibiza capturó la atención de la clientela, especialmente de unos individuos de aspecto eslavo que ocupaban dos mesas situadas en primera línea y que las miraban de reojo cuando se lo permitían las chicas en *topless* que les acompañaban.

ban. Casi siempre se quiere lo que no se tiene, y aquellos potentados eran un estupendo ejemplo. Sin desprenderse de las gafas de sol, Evelyn y Astrid agradecieron la invitación a champán, pero rechazaron sumarse al grupo, indicando que ya estaban acompañadas. Por un instante, tan hábil evasiva hizo sentirse superior a Thomas, aunque pensó que podría causarle algún problema en caso de que la combinación del sofoco de sobremesa y la desmedida ingesta de alcohol hiciese perder la cabeza a aquellos ruidosos clientes, que con ridícula ostentación reclamaban la presencia de los camareros agitando en el aire fajos de billetes de cien euros.

Evelyn Ramírez y Thomas Black descubrieron enseguida que sus vidas estaban conectadas a través del multimillonario escritor británico Mark Ross. La venezolana era su persona de confianza, actuaba como filtro de los asuntos que llegaban a su oficina en Londres e incluso influía en algunas de sus decisiones. Al menos, eso creía. El norteamericano trabajaba en el departamento comercial de la sede neoyorquina de Universal Books, el grupo editorial que publicaba en exclusiva la obra literaria de Ross y gestionaba para todo el mundo sus productos derivados; por supuesto, no le conocía en persona. La semana de vacaciones en España había sido el merecido premio a su eficaz trabajo durante el primer semestre del año, en el que había logrado los objetivos que había fijado la dirección. En la reunión de despedida antes del período estival, su jefe había pedido un esfuerzo suplementario de cara al otoño. Como nadie del equipo se atrevía a hablar, Thomas pidió la palabra y recogió el guante en nombre de sus compañeros. Trabajar bajo presión era su hábitat natural. Mientras el resto sucumbía a la ansiedad, él iba sobrado.

Astrid levantó la copa de vino blanco y propuso un brindis para celebrar aquella sorprendente coinciden-

cia. Dieron buena cuenta de un plato especial de pescado grillé con ensalada, pidieron varias rondas de mojitos y la conversación fluyó hasta el atardecer. Espoleada por el efecto de los cócteles, Astrid se animó a relatar episodios de su vida que iban más allá de su mera ocupación laboral como azafata de congresos. Aunque había nacido en Estocolmo, tenía un carácter extrovertido al estilo mediterráneo. El tiempo que llevaba viviendo en Barcelona le había borrado ese cambiante carácter escandinavo que oscila entre el sombrío abatimiento del oscuro semestre invernal y la jovialidad del verano. Ya no sufría las bruscas alteraciones de humor que provocan en el norte de Europa los cambios de estación, ni los ataques de melancolía ligados a la corta duración del estío. Se sentía más española o italiana que sueca.

Thomas valoró las posibilidades que se le abrían para la noche. Por su modelado físico y su belleza facial, que mezclaban la dulzura nórdica con la fuerza de su ADN balcánico, Astrid habría merecido un hueco en las pasarelas internacionales de moda. No cabía duda de que tenía ganas de divertirse, incluso prolongar la juerga hasta el amanecer. Pero era Evelyn, que reía las ocurrencias de su amiga y bebía como si conservase el acelerado ritmo de la vida londinense, quien le transmitía un magnetismo especial.

* * *

Ernesto Wang se levantó al alba, se hizo un corte en el mentón con la cuchilla de afeitar y, tras taponar la herida con papel higiénico, se vistió con precaución para no manchar de sangre la ropa. Malhumorado por el percance, apuró el mate y se abrigó para salir a la calle, dado que los pronósticos anunciaban para Buenos Aires un lunes de invierno cerrado, con temperaturas muy

bajas. El trayecto en metro desde Juramento a Plaza Italia se le hizo más corto de lo habitual. Caminó por la avenida de Santa Fe, cuyas aceras barría un viento helador, y luego siguió un par de cuadras hasta llegar a su empresa, ubicada en un edificio de formas rectilíneas y espejos sucios de polución acumulada. Fue entonces cuando cayó en la cuenta.

No podía subir al octavo piso porque ya no trabajaba allí.

Se quedó parado en la acera opuesta, con el gesto congelado, como el que ofrecen las estatuas vivientes a los transeúntes. Oculto tras un quiosco de periódicos recién abierto, creyó ver a un joven barbilampiño en la ventana desde la que, cada día durante cinco años, había divisado las desiguales azoteas de la Capital Federal. Le imaginó sentándose en su silla ergonómica y arrancando la computadora. Seguramente aún quedarían restos de su sudor en la tapicería, y minúsculos pedazos de piel y de uñas en el teclado. Ese puesto de trabajo era un contenedor de su ADN. Se preguntó si el novato habría modificado ya la regulación de su respaldo, despegado los adhesivos de su monitor, ocupado con papeles sus cajones o colocado algún portarretratos sobre su mesa. Cuando desapareció de la ventana, Ernesto miró al suelo y apretó los dientes. Le entraron ganas de dar un puñetazo a aquel desconocido que —creía él— le había robado su trabajo y su vida.

Superado el instante de ofuscación, se acomodó la bufanda por encima de la nariz para protegerse del frío; acaso también para no ser visto. Sin embargo, dos compañeras le reconocieron. Habían tenido buena relación con Ernesto y le consideraban un empleado eficaz y servicial, pero aceleraron el paso, como si huyeran del mismo diablo. No serían ellas quienes, en plena calle y justo antes de entrar a trabajar, le manifestasen su opinión so-

bre lo ocurrido tres días antes en Ocampo Export Limited. Mejor interponer barricadas de espacio y tiempo, escurrir el bulto por si acaso. Quizá más adelante, cuando todo se enfriase, le telefonarían para saber si se había colocado y para darle ánimos en caso de que aún estuviese buscando empleo.

Bien sabían las dos oficinistas que ese momento no llegaría nunca. Nunca llega.

Cuando una empresa despide a un empleado, sus antiguos compañeros —los mismos que le habían adulado y le habían reído las gracias porque era un mando intermedio, que no alcanzaba a formar parte del *staff* directivo, pero tampoco era considerado como un igual por sus subordinados— se cambian de acera para evitar el encuentro y no le telefonean para interesarse por su estado de ánimo o por sus planes inmediatos. Al poco tiempo, le ignoran. Como si hubiera muerto.

Te echan de una empresa y eres un apestado. Así se sentía Ernesto.

* * *

Susan escuchó tres golpes en la puerta, cerró el grifo de la ducha y respondió afirmativamente cuando Margaret pidió permiso para entrar en el cuarto de baño.

—De parte del señor Alberto.

La empleada del servicio doméstico dejó junto al lavabo un carrito de metacrilato en cuya bandeja superior asomaban un suéter rojo con motivos marineros y una falda a juego. Aquella gentileza incomodó a Susan, que al rato apareció con el ceño fruncido y la misma camiseta que llevaba al salir por la mañana del apartamento.

—Pensé que te apetecería usar ropa limpia —dijo Alberto, solícito—. Disculpa si te ha molestado.

—No hacía falta.

—Envié un SMS a un amigo que ha montado una tienda de ropa. Calculé a ojo la talla y elegí el color rojo porque va bien con tus New Balance.

—Gracias. De momento me pongo lo mío.

Pasaron la tarde escuchando música de Coldplay y The Gift tumbados en los sofás de un salón de aire moderno y líneas puras. El padre de Alberto le había permitido seleccionar la decoración y el tono de la pintura, que no casaban con el estilo clásico de la villa, pero reflejaban su personalidad y sus gustos. Al otro lado del ventanal, el viento agitaba las palmeras de la avenida. De vez en cuando, Margaret reponía la jarra de limonada y les traía platos de frutos secos. El anfitrión era parco en palabras, pero a Susan le hizo sentirse cómoda. Cuestión de feromonas, pensó. Al anoecer, el viento amainó, sin llegar a desaparecer del todo, y Alberto propuso cenar en el puerto deportivo. Susan se duchó de nuevo, se aplicó crema hidratante y se puso el conjunto que la sirvienta le había ofrecido. Se lo había probado y le sentaba bien, pero no se lo había dicho a Alberto, que se quedó mudo cuando la vio salir del baño, vestida de rojo. Su primera negativa había sido una instintiva maniobra de autoprotección, pero no se dejó llevar por las circunstancias, tan desconcertantes como tentadoras, y decidió disfrutar de la velada.

Después de cenar en una *trattoria*, se acercaron a una zona de atraque y dieron un paseo en zodiac por las riberas. Los puentes y los pilotes de los canales interiores de la marina de Sotogrande evocaban el paisaje nocturno de Venecia. En una terraza, iluminada con un par de focos profesionales, una mujer pintaba un multicolor retrato de un jugador de polo. Alcanzaron la bocana del puerto, dieron la vuelta y se dirigieron al punto de amarre.

—¡Alberto O'Connor! ¡Cuánto bueno por aquí! —exclamó desde la terraza de un bar una chica rubia con ademanes de líder de grupo.

—Ya será menos.

—¡Qué bien acompañado te vemos! —añadió otra, apoyada en un barril de manzanilla—. ¿Tu nueva novia?

Susan se sintió fuera de lugar, extraña en un ambiente de niños ricos que siempre había detestado. O quizá no lo detestaba tanto como creía, porque, en cierto sentido, deseaba formar parte de él. No tanto del entorno exclusivo de Sotogrande, sino de ese placentero limbo habitado por quienes no tienen problemas económicos a final de mes.

—Discúlpalas, conozco a todo el mundo desde la infancia. Aquí nos conocemos todos.

—No hay problema. Es tu casa, es tu mundo.

Alberto acercó su rostro al cuello de Susan. Percibió una fragancia estival con un agradable toque de mango.

—No te equivoques —dijo en voz baja—. Aquí la gente vive a su manera, no hay necesidad de exhibirse como en Marbella o en Ibiza. Es verdad que lo tienen todo, o quizá sería más preciso decir que *lo tenemos* todo. Pero, a veces, quien más tiene más envidia.

—Supongo que esa chica tan perspícaz ha sido novia tuya —respondió Susan, a la vez que se apartaba unos centímetros para recuperar su espacio vital.

—Supongo que le encantaría... Cuando quieras, nos vamos.

Alberto condujo sin prisa en dirección a Algeciras. Los altavoces del Alfa Romeo escupían emisiones radiofónicas en inglés y árabe. La iluminación nocturna del complejo petroquímico de La Línea de la Concepción les sugirió el paisaje futurista de *Blade Runner*. Abandonaron la autovía y tomaron un desvío que les condujo a una barriada de casas bajas construida con materiales ba-

ratos. El apartamento estaba situado en la playa de El Rinconcillo, al final de un laberinto de calles estrechas, repletas de tendederos cargados de ropa de verano, ciclomotores oxidados y niños en bañador corriendo en todas direcciones. Susan saludó a unos vecinos en camiseta que arreglaban el mundo tomando sangría en torno a una mesa plegable. Las luces amarillentas del puerto se reflejaban en la orilla, donde un grupo de chavales jugaba al fútbol.

Se besaron de cumplido junto a una parada de taxis cuyos conductores fumaban apoyados en los capós, y acordaron verse al día siguiente. En la radio sonaba *Part of the Process*.

* * *

Evelyn se abrió un hueco en la barra de la discoteca más concurrida de Ibiza y Thomas aprovechó para llamar la atención del camarero y pedir unas copas. No dejaban de entrar en tropel hordas de fiesteros de batalla que inmediatamente se sumaban a la multitudinaria coreografía de una ensordecedora sesión musical de mezclas poco armónicas. Thomas no perdía detalle de los movimientos de Astrid, aguardando ese tipo de comunicación no verbal que a menudo indica si hay posibilidad de dar el paso decisivo en una estrategia de conquista. Pero dudaba de que el destino estuviese de su parte aquella noche, la primera de sus vacaciones. No tardó en confirmar el vaticinio. Animada por el alcohol, Astrid bajó a la pista y se puso a bailar junto a un tipo con *look* de adinerado y la piel achicharrada por el sol, y al rato desaparecieron, fagocitados por la multitud.

—No te preocupes, sabe cuidarse sola, y además, tiene un aceptable nivel en defensa personal —aclaró Evelyn.

—¿Nos vamos? Esto es un *melting pot* de hedonistas sin complejos que no me interesa nada.

—Por mí, perfecto. No aguanto mucho más tiempo aquí.

A pesar del bofetón etílico que le habían propinado las copas, Thomas se puso al volante del descapotable de gama baja que había alquilado en el aeropuerto. El roce de los antebrazos en los últimos semáforos de la ciudad le indicó que la ruta hacia el cuerpo tostado de su acompañante estaba expedita. Thomas conducía por la carretera de la costa a ciegas, sin saber qué hacer o dónde parar. La estrechez de los pantalones y la envergadura de la erección le causaban momentáneas sensaciones de mareo que aumentaron su excitación. Fue Evelyn quien tomó la iniciativa y le indicó un desvío que desembocaba en un mirador, donde hicieron el amor, envueltos en los reflejos plateados de la luna.

A la mañana siguiente, regresaron juntos al Flamingo. Astrid llegó resacosa y con ganas de tomar el sol y sestear. Por la tarde, acudieron a una sesión musical en un hotel escondido del interior, cuyos promotores reivindicaban el primigenio estilo transgresor de Ibiza. Fue una semana de diversión *non-stop*. La última tarde, Astrid propuso dar un paseo en el velero de un amigo, que resultó ser el individuo con el que se había ausentado de la discoteca. Zoltan les recibió en el muelle de Marina de Botafoch y les invitó a subir al barco. Dejaron atrás las luces brillantes de Dalt Vila y tomaron rumbo norte. Costearon a motor hasta Benirrás, dejaron a estribor el islote de Es Cap Bernat y fondearon frente a la cala, a tiempo para ver la puesta de sol. Desde la playa llegaba el estruendo originado por un continuo redoble de tambores. Al caer la noche, se encendieron las luces doradas de Sa Ferradura. Tomando cava en la popa, Zoltan les explicó la historia de aquella lujo-

sa mansión, construida en una porción de tierra que había sido refugio de piratas. Pertenecía a un empresario holandés que la había adquirido a bajo precio y la había convertido en uno de los lugares más exclusivos de la isla.

—Algún día me alojaré en esa casa —dijo Evelyn.

—Nos alojaremos —completó Astrid—. Cuando tengamos un millón de dólares.

—Si es cuestión de un millón de dólares, puedo arreglarlo para los tres esta misma noche —ironizó Zoltan, mirando con intención excluyente a Thomas.

—No se trata de eso —matizó Evelyn, despreciando la fanfarronería.

—El dinero no llueve del cielo —apuntó Thomas—. Entonces, ¿cuál es el plan?

—No tienen suerte quienes se quedan esperando —respondió Astrid—. Suerte es hacer coincidir casualidad y destino.

—Coincido —admitió Thomas.

—Suerte es acertar —concluyó Evelyn—. Ese es nuestro reto. Tarde o temprano, encontraremos la llave que abre el cofre del millón de dólares.

* * *

No hubo aviso previo en el despido de Ernesto Wang. Fue citado la mañana del último viernes de mes en la sección de recursos humanos. El jefe de personal, con quien se había divertido en las fiestas anuales de Ocampo Export Limited y compartido momentos amargos en el funeral de un par de compañeros, justificó la decisión en un problema de rendimiento. Ernesto activó los resortes de su memoria, pero no halló en su trayectoria profesional un episodio que sustentase tal conclusión.